

Gallego Fernando M. UNLP.

En el conjunto de las diferencias que la distancian tanto de las concepciones norteamericanas como de las brasileñas del Trabajo Social, la existencia de la propuesta de S. Karsz (2007) constituye una anomalía que expone por sí sola la necesidad de revisar radicalmente la imagen que se tiene, en general, del campo epistemológico de las ciencias sociales y, en particular, de la manera en que el ámbito de la reflexión epistemológica sobre el propio Trabajo Social se organiza y se distribuye, ante todo, en aquel punto que se conforma con atribuir a dicho campo una estructura binaria que dispone, a un lado, un supuesto positivismo genérico y, del otro, un presunto posicionamiento crítico que, en las diversas variantes de su enunciación, es también, según el caso, dialéctico, fenomenológico, hermenéutico y otras tantas cosas.

Pero revisar la imagen del campo, evaluar la pertinencia y la adecuación del principio que establece su organización bipolar es sólo una parte de la exploración que impone la tarea de asignarle una posición adecuada a la anomalía que comporta la propuesta de S. Karsz. La otra mitad de esa operación bien podría pasar por intentar transformar la epistemología del Trabajo Social en algo que ya no se confunda con la enunciación de una nueva representación del deber ser de la disciplina y de la profesión, esto es, en un análisis que intente atender a la real diversidad de las propuestas que se formulan en torno de la cuestión del lugar que el conocimiento -y, bajo esa misma condición, la ciencia- ocupa o puede ocupar en la práctica del Trabajo Social.

Entendida en estos términos, la epistemología del Trabajo Social comporta no pocos desafíos. En principio, el desafío de precisar el acontecimiento en virtud del cual algo tal cómo una epistemología del Trabajo Social ha tendido a devenir algo solicitado, requerido, necesario. En efecto, ¿dónde localizar este acontecimiento? ¿En las dificultades que supone la práctica de la intervención y, subsecuentemente, en la buena voluntad y el compromiso de aquellos que la ejercen? O bien, ¿en la incorporación del Trabajo Social al medio universitario y, bajo esa misma condición, en las coacciones que el propio campo científico impone al Trabajo Social? Sea cual fuera la respuesta a esta pregunta, no deberíamos permitirnos suponer que el análisis epistemológico constituya, por sí mismo, ni una necesidad ni una constante de la labor tanto profesional como disciplinar que lleva adelante el Trabajo Social. Si hoy experimentamos esa necesidad, deberíamos, cuanto menos, tratar de precisar las diversas narraciones existentes relativas a su génesis.

Pero dado que hablamos de epistemología y, por ello mismo, del ejercicio de una reflexión que inviste -y toma por objeto- no sólo la cuestión del conocimiento sino, más precisamente, la cuestión de la cientificidad del conocimiento, un segundo desafío supuesto por el intento orientado a registrar la real diversidad de las pro-

puestas que se formulan en Trabajo Social también debería atender a las diversas formas en que, en la determinación del concepto del Trabajo Social, dicho concepto se articula con el concepto de ciencia y, más profundamente, tratar de precisar con *qué* concepto de ciencia se articula. En relación a esta segunda cuestión, no basta, en efecto, con afirmar que el Trabajo Social accede a su determinación conceptual de su estatuto disciplinar en el momento en que resulta captado bajo la forma general de una ciencia social. Y esto por la pura y simple razón de que ese concepto general de ciencia social no es otra cosa que una ficción, una ficción resultante del desconocimiento de la diversidad de posiciones que hacen de la propia epistemología de las ciencias sociales un campo polémico. En lo relativo a esta cuestión, no sólo no existe una única concepción de la ciencia social sino que las concepciones de la ciencia social existentes suponen tanto una dispersión de posiciones como una cierta estructuración de esa dispersión que remite, en último término, a la existencia de un debate conceptual relativo a la naturaleza de la propia ciencia.

Desde esta perspectiva, hablar de epistemología implica entonces atender a los procesos de producción de conocimiento, a la forma que se asigna a los conocimientos producidos, a la diversidad de conceptualizaciones de lo científico, a la distancia que resulta posible apreciar en la concepción de la propia ciencia social, a la determinación ideal de los procesos de investigación. Se sigue de aquí un tercer desafío en el relevamiento y el análisis de las posiciones distribuidas en el campo de debate epistemológico en torno al Trabajo Social: atentos al hecho de que el Trabajo Social no puede ser concebido como una práctica cuyo objeto, objetivo y significación puede ser reducida a la producción de conocimiento, ¿cuál es la diversidad de maneras en que se entiende la articulación de la investigación con la intervención del Trabajo Social? ¿Podemos limitarnos a afirmar que sólo se la ha concebido como una instancia capaz de desplazar los fundamentos de la intervención? ¿O bien deberíamos sostener que se la concibe como un operador apto para modificar la conciencia, no sólo de quienes la ejercen sino también de quienes la padecen? ¿No deberíamos además atender al hecho de que, para algunos trabajadores sociales, la investigación también puede ser considerada como una práctica capaz de desbordar la ideología, pero porque ésta resulta capaz de, a partir de *situaciones* empíricas, efectuar algo tal como un conocimiento objetivo?

Sea como fuere, el análisis epistemológico por realizar no resultaría completo si el mismo no atendiese además al desafío que supone intentar dar cuenta de la relación que establece con aquello que justamente excluye, a saber: una práctica del Trabajo Social que no puede ser completamente determinada a partir de las nociones de conocimiento, de disciplina y, menos aún, de ciencia. En efecto, que el principio de la organización del campo de debate en torno a la práctica de la producción de conocimiento en Trabajo Social no pueda ser organizado de manera bipolar, no implica que el debate en torno a la práctica de la intervención no pueda poseer una organización de ese tipo y, sin lugar a dudas, de ninguna manera permite concluir que la organización del debate en torno a la intervención deba ser entendida como el resultado de una proyección del principio que distribuye las posiciones en el debate en torno a la cognición. A diferencia de lo que ocurre en el orden del debate en

torno a la investigación, debate frente al cual la anomalía supuesta por la propuesta de S. Karsz pareciera reclamar imperiosamente una vuelta a la consideración de principios principalmente epistemológico -y, por ello mismo también, la necesidad de objetivar de la diversidad de concepciones en torno a la naturaleza de lo científico puestas en juego, el debate en torno a la actuación remite a principios políticos, no epistemológicos.

Y aun así, aún y cuando el debate en torno a la intervención no pueda ser concebido como organizado en torno a la cuestión de la concepción de la ciencia, ¿qué creemos que agrega a ese segundo debate –debate que, tal vez, sea primero- una posición que se contenta con recusar, por principio, el valor que la idea de ciencia puede tener para el Trabajo Social? ¿Qué agrega a un debate político en torno a la acción, la propuesta de sustitución o subordinación de una cognición anclada en lo empírico por un cierto retorno de la especulación que encuentra su última justificación en una supuesta capacidad para captar idealmente, aun y cuando supuestamente lo haga en su materialidad, la realidad del sujeto fundador de la existencia? ¿Resulta correcto suponer que la única alternativa a tecnificación de los procesos de intervención reside en la desacreditación de la investigación empírica? Más profundamente, ¿resulta posible dar cuenta de la estructura del debate en torno a la concepción de la intervención apelando al principio de la polaridad entre conservadores y revolucionarios, entre cuestionadores y conformistas, entre dogmáticos y críticos, entre opresores y liberadores? ¿Es verdad que la política sólo puede ser captada a partir de la contraposición de la lucha y la dominación, de la confrontación y del contrato?

Sea como fuere, bien podría ser que este conjunto de desafíos, que hemos resumido en torno a las preguntas por el acontecimiento que hace a la necesidad de una epistemología del Trabajo Social, por las nociones de ciencia social puestas en juego, por las modalidades de articulación entre investigación e intervención que se instrumentan y por los principios que resultan capaces de organizar no sólo la distribución de posiciones epistemológicas y políticas en el debate sino también su interacción, no resulten inmediatamente interesantes a nadie. Pero ese desinterés no quita el hecho de que el debate epistemológico tal y como actualmente resulta imaginado no permite asignar una posición clara a la propuesta de S. Karsz.

El hecho de que la propuesta de S. Karsz comporta una anomalía para la organización bipolar del debate emerge en el momento en que comienza a atenderse a la manera en que éste expone la forma en que entiende la dimensión científica del Trabajo Social y, más precisamente, en el momento en que se apresta a determinar el problema que dicha científicidad obliga a abordar. En este orden de cosas, en principio, allí donde debiera esperarse la denuncia de una cierta subordinación de la ciencia social a la ciencia natural, la cuestión se desplaza y el problema no pasa ya por la subordinación de los saberes sobre lo social al modelo impuesto por los saberes sobre la naturaleza sino, por el contrario, por el desafío que supone tratar de atender al “anudamiento” de los saberes sobre lo social con los saberes sobre lo humano.

Esta coordinada problemática resulta fundamental a la hora de interpelar la es-

estructura de posiciones que tiende a proyectarse sobre la epistemología del Trabajo Social. Si sólo hubiese dos posiciones en el campo de debate, si las opciones sólo se limitasen bien a la concepción norteamericana, bien a la brasileña, S. Karsz, en el orden del debate en torno a la cientificidad de los saberes sobre lo social, debería manifestarse fundamentalmente preocupado ya por la cuestión de la relación entre lo natural y lo social, ya por el problema que suponen los vínculos entre lo científico y lo moral, *pero no por la articulación entre lo social y lo humano*. Que S. Karsz entienda que la dimensión cognitiva del Trabajo Social deba ser problematizada a partir de la tensión entre hombre y sociedad o bien –algo que para su propuesta resulta topológicamente equivalente– entre inconsciente e ideología (Karsz, 2007, p. 207), revela una de las primeras razones en virtud de las cuales su propuesta epistemológica constituye algo anómalo no sólo respecto de la concepción norteamericana, sino también de la brasileña. Y no sólo porque esta tensión remita a la verdadera zona de conflicto, así como también la razón de suma cero, que delimita la confrontación francesa entre socialismo y liberalismo, sino también porque remite el principio del debate político en torno a la acción, antes que al interés o a la voluntad, al deseo.

Una hipótesis que podría permitir explicar este desplazamiento es, en efecto, aquella que supone, en la determinación de la cientificidad del Trabajo Social, la existencia no de una, tampoco de dos, sino de tres concepciones diferentes, en general, de lo científico y, en particular, de la propia ciencia social. Las fuentes aludidas por S. Karsz podrían suponer una suerte de prueba indirecta de esta hipótesis. Cuando se apresta a exponer su concepción de lo científico y, bajo esa misma condición, de lo científico en el propio Trabajo Social, S. Karsz no alude a K. Popper, a J. Dewey, a T. Kuhn o a R. Carnap. Pero tampoco se remite a W. Dilthey, a E. Husserl, a M. Heidegger, a T. Adorno, a J. Habermas y, menos aún, a G. Lukacs. Las referencias epistemológicas de S. Karsz son todas ellas francesas: en primer orden, J. Lacan y L. Althusser pero, más profundamente también, G. Canguilhem y, ante todo, G. Bachelard. Y en este desplazamiento no sólo se modifican los conceptos de ciencia y de ciencia social; también se alteran profundamente las concepciones de la teoría, del método y del objeto. La teoría no es ni un sistema de enunciados, ni un punto de vista; es una práctica de producción de conocimientos. El método no es ni un procedimiento de prueba, ni una vía de acceso; es la astucia de una razón que aborda diagnósticamente problemáticas. El objeto no es ni una creencia, ni una proyección; es la creación de una razón emplazada en una situación, que hace posible la real coordinación de los datos de la experiencia.

Y cuando S. Karsz procede a determinar la clínica no ya como instancia de supervisión que atiende a las posturas subjetivas que afectan a la intervención y tampoco de análisis técnico capaz de ejercer su control sobre la conformidad del quehacer (Karsz, 2007, p. 154) sino, ante todo, como un enfoque bajo el cual algo tal como una producción científica de conocimiento resulta posible en medio de la intervención social (Karsz, 2007, p. 188), ¿cómo no ver allí una nueva anomalía que una imagen bipolar del campo del debate epistemológico resulta incapaz de explicar? A saber, aquella que remite la cognición del Trabajo Social no ya a los métodos experimentales e inductivos de estudio de casos que enmarcaron la génesis y aún

continúa acompañando -aún y cuando ahora lo hagan con una disposición hipotética y falsacionista- la existencia del Trabajo Social anglosajón, pero tampoco a las ideaciones fenomenológicas y las meditaciones hermenéuticas que signan las versiones *mainstream* contemporáneas del método etnográfico. Esta elección también es parte del estatuto de su anomalía y no puede explicarse por una mera tendencia a subordinar, en el orden disciplinar, el Trabajo Social, ya no a la antropología o la física, sino psicoanálisis. En principio, porque el método etnográfico concebido tal y cómo circula en nuestro medio universitario no es *todo* el método etnográfico sino tan sólo una de sus concepciones, a saber: aquella elaborada en el marco de la antropología cultural norteamericana a partir de F. Boaz y de sus compromisos con el neokantismo alemán. En segundo lugar, por el hecho de que es el propio S. Karsz quien deja claro que el origen del método clínico no reside en la psicología sino en la medicina (Karsz, 2007, p. 168). Pero, más profundamente, porque la elección que la propuesta de S. Karsz está realizando en el orden metódico, esto es, en el orden del debate en torno al método de investigación del Trabajo Social, no es científica sino epistemológica y, por ello mismo, relativa a la determinación filosófica del concepto de lo científico. Si S. Karsz resulta difícil de ubicar en el debate epistemológico es porque pone en juego una epistemología diferente a aquellas otras que movilizan las concepciones norteamericana y brasileña del Trabajo Social.

## **REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS**

- Karsz, S. (2007). *Problematizar el trabajo social. Definición, figuras, clínica*. Barcelona. Gedisa.